

HARGAND.—Miserables! Miserables! Me han robado a mi hijo!, a mi hijo! (Entra Maigret).

MAIGRET.—Señor, ¿qué tiene? (Hargand no contesta. Suenan toques de clarines). ¡Señor, las tropas!

HARGAND.—(Levantándose atezcado.) Ya! Tan pronto.... Tan pronto! ¡Es demasiado pronto!

MAIGRET.—Señor, ¿qué le pasa?

HARGAND.—Maigret, mi viejo Maigret... me han herido aquí... en el corazón... ¡Me han robado a mi hijo!

MAIGRET.—¡Señor!... (Hargand se arroja en brazos de su administrador, sollozando).

TELON

ACTO TERCERO

Claro de bosque. Anochece. A la derecha una cruz de madera sobre unas gradas de piedra, desunidas y herbosas. Fondo de árboles y tras ellos, cielo rojo de atardecer. La noche avanzará progresivamente.

ESCENA I

MAGDALENA y JUAN ROULE. (Al levantarse el telón, pasa una patrulla al mando de un oficial. Van armados. Luego aparecen Juan Roule y Magdalena, tomados de la mano. Se acercan hacia la cruz. Magdalena, la cabeza descubierta, envuelto el talle en un manto oscuro. Trae algunos faroles de papel que deja en las gradas del crucifijo).

JUAN.—(Por la patrulla) Ya no los siento...

MAGDALENA.—Es la última ronda. No nos creen aquí. No nos molestarán.

JUAN.—¿No temes que si encendemos los faroles?....

MAGDALENA.—No, estamos lejos de la ciudad y de la policía. Nos vigilan por allá... Además, no hay luna... Conviene que te vean, que puedan ver a mi Juan cuando les hable... (Magdalena enciende algunos faroles sobre la plataforma).

JUAN.—Con tal que vengan...

MAGDALENA.—Vendrán. (Yendo hacia él) Oh... no estés nervioso... ¡Haz un esfuerzo para dominarte! ¿Quieres que andemos un poco mientras llegan?

JUAN.—No, me gusta más estar a tu lado. ¡Siéntate junto a mí! Dame tus manos. (Magdalena se las da, Juan está sentado).

MAGDALENA.—¿Cómo arden! ¿Es mucha tu hambre?

JUAN.—(Moviendo la cabeza) ¡Sufro porque no confían en mí! Me dejan cada vez más solo, Magdalena mía... Los unos fatigados de luchar... los otros se creen traicionados... ¡porque quise que fueran hombres! Si no recibimos ese dinero del vecino país, que les ha permitido comer un poco, desde hace dos días lo hubieran abandonado todo! Hasta tu propio padre!

MAGDALENA.—Está enfermo! Impresionado! Es mucho para él. Desde tu entrevista con Hargand no sabe lo que se dice... ¡Ha perdido la cabeza!

JUAN.—Su pensamiento... está con el amo! Ha vuelto a su servilismo... También los otros... Y además, cuando la sospecha ha penetrado en el alma de las turbas... todo acabó!

MAGDALENA.—Explotan su ignorancia y su debilidad... y tú debías suponerlo... pero, puedes reconquistarlos.

JUAN.—(Moviendo la cabeza) Ignoran lo que es el sacrificio! ¡Se asustan del hambre y se espantan de la muerte!

MAGDALENA.—Hay que enseñarles a soportar la una... y a desafiarse la otra.

JUAN.—Y cómo? ¡En vano me agoto!...

MAGDALENA.—Por la dulzura y por la bondad!

JUAN.—¡Me tratarán de cobarde!

MAGDALENA.—¿Fué a latigazos, como Jesús sublevaba a los hom-